

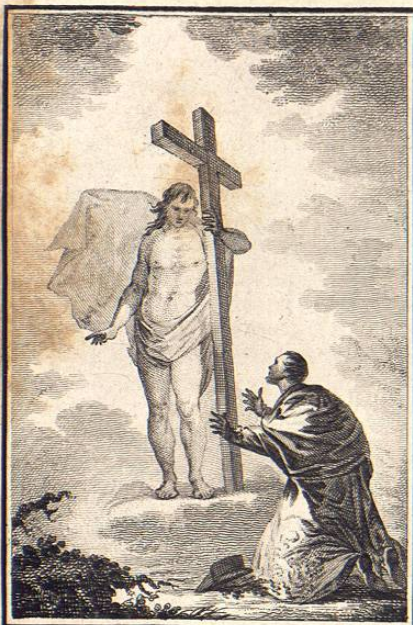
mayo de 1779 para honor de toda nuestra España, y para consuelo y gloria de toda la santa Iglesia, señalando para su fiesta el día 5 de julio.

EL BEATO PEDRO DE LUXEMBURGO, CONFESOR.

La ilustre casa de Luxemburgo, tan conocida en la Europa por haber dado cinco emperadores al Occidente, muchos reyes á Hungría y a Bohemia, una reina á Francia, y por su enlace con la augusta casa de Borbon, se vió mas que nunca esclarecida en el siglo XIV por el nacimiento del bienaventurado Pedro de Luxemburgo, cuya memoria consagró para siempre la santa Iglesia.

Nació el día 20 de julio de 1369 en Ligny, ciudad poco populosa de Lorena, en la diócesis de Toul. Fué Pedro el quinto de los hijos que tuvo Guido de Luxemburgo, conde de Ligny, y Matilde ó Mathan de Chantillon, condesa de S. Paul; pero su madre le amó con tan particular ternura, que ella misma quiso criarle á sus pechos, y aun habia determinado cuidar ella sola de su educacion si Dios no lo hubiera dispuesto de otra manera, llevándosela para sí cuando el niño no tenia mas que tres años. Mas como el Señor tenia destinado á Pedro para tan altos fines, dispuso que su tia la condesa de Orgieres, señora no menos virtuosa que su madre, se encargase de la crianza del niño. Escogióle excelentes maestros, que tuvieron poco que hacer, porque su noble indole y su despejado entendimiento los ahorró muchas lecciones. Era por otra parte de inclinaciones tan piadosas, que parecia haberse anticipado la virtud á la razon. A los seis años de su edad hizo voto de castidad, y á una hermanita suya que tenia doce la persuadió á que hiciese el mismo voto. Su amor á la oracion, su modestia en la iglesia, su tierna devocion con la santísima Virgen, y su caridad con los pobres, le merecieron desde entonces el renombre de santo.

Parece que no podia subir mas de punto esta última virtud. Siendo de solos siete ú ocho años, era todo su desvelo socorrer á los necesitados. Ningun pobre llegaba á la puerta mientras estaban comiendo, con quien no repartiese lo que le servian en su plato. Valiase de mil industrias para tener con que dar limosna, y cuando se le acababa el caudal, hurtaba cuanto podia para socorrerlos. Informado el conde su padre de estos piadosos hurtillos, dió muchas gracias á Dios por haberle concedido un hijo de tan cristianas como nobles inclinaciones; y aun se asegura que autorizó Dios su caridad con varios prodigios, de que fué testigo el mismo conde.



B. PEDRO
DE LUXEMBURGO, C.

A los doce años le enviaron á París á continuar sus estudios; y como era de tan escelente ingenio, se distinguió mucho, así en las letras humanas como en la filosofía. Aplicóse despues al derecho canónico, que en aquel tiempo era muy cultivado por los que se dedicaban al estado eclesiástico, haciendo en él tan asombrosos progresos, que ya en tan tierna edad fué venerado por un milagro de virtud y de sabiduria. Dos desgraciados sucesos interrumpieron sus estudios; la muerte de su padre y el accidente de su hermano mayor el conde de S. Paul, que en una batalla que perdieron los franceses fué hecho prisionero por los ingleses. Inmediatamente partió el santo niño á Calais, donde se quedó en rehenes por su hermano mientras iba éste á recoger la suma que le habian pedido por su rescate. Enamorados los ingleses de la virtud y de las prendas de su nuevo prisionero, le cobraron tanto amor y tanto respeto, que le pusieron luego en libertad, sin querer mas seguridad que la de su palabra; y noticioso el rey de Inglaterra Ricardo II del mérito de nuestro Santo, hizo cuanto pudo para detenerle cerca de sí; pero Pedro, luego que se vió libre, se restituyó á París á continuar sus estudios.

Cobró nuevas fuerzas su fervor cuando se vió en aquella ciudad; dobló sus penitencias, y cada dia se iba haciendo mas y mas visible su virtud. Habia algunos años que el célebre Felipe de Maisieres, antiguo canceller de los reinos de Jerusalem y de Chipre, desengañado de las grandezas humanas, vivia retirado del mundo en el convento de los Celestinos de París, donde sin la obligacion de los votos, ni la profesion del hábito, hacia una vida muy ejemplar y verdaderamente religiosa. Movido de la reputacion de aquel ilustre solitario, pasó á verle Pedro de Luxemburgo. A la primera conversacion descubrió Felipe el rico tesoro de gracias que se ocultaba en el alma de aquel jóven, y la uniformidad de máximas ligó inmediatamente una amistad muy estrecha entre los dos grandes siervos de Dios. Admiraba á Felipe la inocencia y la sobresaliente virtud de Pedro de Luxemburgo, y aprovechábase éste de las lecciones que Felipe le comunicaba sobre el ejercicio de la oracion, y sobre los diferentes caminos de la vida espiritual.

Eran los únicos pensamientos de Pedro adelantarse cada dia mas en el camino de la perfeccion, muy ajeno de pensar en ascender á las dignidades de la Iglesia, cuando su familia le solicitó un canonicato en la catedral de París. El nuevo empleo solo sirvió para que se considerase mas obligado á dar mayor impulso á los esfuerzos de su fervor, siendo su modestia, su compostura, su indefectible asistencia á todas las horas del coro, y la inocencia

de sus costumbres el modelo mas perfecto de canónigos santos, y la admiracion de toda la ciudad, donde se hizo mucho mas respetable por su humildad que por su elevado nacimiento, y por las demás raras virtudes. Negóse á llevar la cruz en cierta procesion solemne un simple cleriguillo, de padres muy humildes, pareciéndole á su orgullo ejercicio de poca estimacion; tomóla luego nuestro jóven canónigo, y la llevó con tanta devocion que asombró á todo París, con edificacion y con aplauso general de su modestia.

La fama de tan singular virtud y de tan extraordinario mérito hizo tanto ruido en el mundo, que penetró hasta las cortes estrangeras. Despedazaba á la sazón la Iglesia de Dios un largo y funesto cisma. Clemente VII reconocido en Francia por legitimo pontifice, residia en Aviñon, y noticioso de la eminente santidad del tierno canónigo de París, le hizo arcediano de Dreux, y casi al mismo tiempo le nombró para obispo de Metz, sin reparar en su cortísima edad, pues contaba solos quince años; pero el papa creyó debia dispensar en las leyes comunes de la Iglesia con quien Dios habia hecho tan superior á las ordinarias de la naturaleza. A pesar de sus representaciones, alegatos y resistencias, se vió precisado á obedecer. Fué ordenado de sacerdote, y consagrado obispo de Metz, mostrando desde luego que si la dignidad era muy superior á sus años, su virtud era muy superior á la dignidad. Mostró en toda su conducta ser un pastor consumado para el ministerio, creyendo todos que veian un ángel cuando se dejaba ver en público, y se hablaba de la sabiduria de aquel prelado niño con una especie de admiracion, muy parecida á la que causó el niño Jesus en la edad de doce años.

Por imitar en todo á su divino Maestro, hizo su entrada pública en Metz, como la hizo el Salvador en Jerusalem, montado en un humilde jumento; no admitiendo otra pompa que la de hacer cuantiosas limosnas á los pobres, ni mas aparato que el de la modestia y la piedad.

Desde que tomó posesion del obispado se dedicó al cumplimiento de todas sus obligaciones con un fervor y con una intension verdaderamente asombrosa. Dió principio por la visita general de toda la diócesis, y la hizo con tanta felicidad, que restituyó la fe á su pureza, la disciplina á su vigor, y corrigió abusos que con el trascurso de los años aspiraban á la prescripcion.

Mientras se afanaba tan dichosamente por santificar á los demás, estaba muy distante de descuidarse en la santificacion de si mismo; y cuando dedicaba sus desvelos al mayor bien del reba-

ño, no perdía de vista la perfeccion que debía resplandecer en el pastor. No podía ser mayor su delicadeza de conciencia; confesábase todos los dias, y muchos dias dos veces. Nunca perdía á Dios de vista; estando en su presencia tan continuamente, que se podía decir era toda su vida una continua oracion, la que apenas interrumpía su corto sueño. El tiempo que no dedicaba á las necesidades espirituales de su pueblo, le empleaba todo en la oracion y en el estudio, negándose aun á las mas lícitas y honestas diversiones. Sus rentas casi enteramente las consumian los pobres y la Iglesia; reservándose la menor parte de ellas, no para vivir, sino para no morir de hambre; porque los ayunos de precepto los pasaba todos con pan y agua, y con el mismo rigor ayunaba todo el adviento, y todos los lunes, viernes y sábados del año. Las penitencias del cuerpo escedian el rigor de sus ayunos; y aunque no parecia posible mayor inocencia, es indubitable que su estremada penitencia acortó los dias de su preciosa vida. Dióle mucho que padecer el sedicioso alboroto de sus diocesanos, que contra su autoridad se nombraron por sí mismos jueces y magistrados. Humillábase delante de Dios, y le sirvió de gran mortificacion el ver que su mismo hermano el conde de S. Paul tomó las armas y saqueó muchos lugares de las cercanías de Metz; el santo obispo se cargó con todos los daños, reparando de sus propias rentas cuantos el conde habia hecho; generosa caridad que le acabó de ganar todos los corazones.

Hallábase aun en Aviñon el año de 1386 el papa Clemente VII, y movido de lo mucho que oía decir acerca de la eminente santidad del jóven obispo de Metz, le creó cardenal del titulo de S. Jorge al velo de oro, mandándole asistir cerca de su persona para edificar á toda la corte eclesiástica con sus grandes ejemplos. Reconociale nuestro Santo, como tambien toda la Francia, por legítimo pontífice, en cuya consideracion se juzgó obligado á obedecer. Llegó el nuevo cardenal á la corte de Aviñon, donde acreditó con su presencia que todo lo que habia publicado la fama acerca de su heroica virtud era muy inferior á lo que palpaba la esperiencia. La nueva dignidad solo sirvió para añadir mas esplendor á sus virtudes, y para que el Santo acrecentase nuevas penitencias, no contentándose con las ordinarias. Informado el papa de esto, y conociendo de cuanta importancia era para el bien de la Iglesia universal la conservacion de aquella preciosa vida, le advirtió muchas veces que moderase sus escesivas austeridades; y sabiendo que cada dia se iba debilitando mas y mas su salud, absolutamente le prohibió la mayor parte de sus penitencias; á lo que respondió el santo cardenal: *Santisimo Padre, yo*

siempre seré un siervo inútil; pero á lo menos sabré obedecer.

Pero como el papa no le prohibió que moderase las limosnas, le pareció que lo que perdía por el lado de la penitencia, lo debía resarcir por el de la caridad. Era singular su ternura con los pobres, y todo su gusto era parecerse á ellos; habiéndolos dado de sus rentas sus muebles y su equipaje, vendió el anillo episcopal para socorrerlos. Todo cuanto se veía en el cardenal respiraba pobreza, y publicaba el-esttraordinario amor que la profesaba; de manera, que cuando murió solo se hallaron veinte sueldos en sus navetas.

Al paso que cada dia se debilitaba mas en su salud, crecia mas su devocion, su ternura y su abrasado amor para con Dios. Yendo un dia desde su palacio á la iglesia de S. Pedro de Aviñon, fué arrebatado en éstasis, con el semblante encendido, los ojos inmóviles y fijos en el cielo, despidiendo de todo su cuerpo un resplandor esttraordinario. Lleváronle en brazos sus criados á la casa mas inmediata, que se cree fué el hospital de S. Antonio, donde estuvo mas de media hora sin volver del raptó. En otra ocasion, pasando de Aviñon á Castel nuevo del papa, tuvo otro semejante. Tiénese por cierto que se le apareció el Salvador en el camino, cuya vision le sacó tan fuera de sí, que suspendida la funcion de los sentidos, se postró en tierra en medio de una lodazal, de donde le levantaron sin que se descubriese ni la mas mínima mancha en el vestido. Fueron testigos de esta maravilla el mismo papa y todos los de la comitiva. El éstasis fué largo, y en la iglesia colegial de nuestra Señora de Autun se ve una antigua pintura del Santo que representa este suceso, con estas palabras que le eran muy familiares: *Desprecio del mundo, desprecio de sí mismo, desprecio del mismo desprecio, y á nadie despreciar sino á sí solo.*

Era muy de desear que una vida tan santa hubiese sido mas larga; pero el Señor se dió prisa á recompensar unos merecimientos tan esttraordinarios, y unos dias tan llenos. Diez meses despues de su promocion al cardenalato cayó gravemente enfermo, mudándose la fiebre en una calenturilla lenta, que le iba consumiendo. Hiciéronle mudar de aires, y le condujeron á Villanueva, de la otra parte del Ródano. Nunca manifestó mas su devocion que en el tiempo de su enfermedad. Todos los dias rezaba el oficio divino, confesábase dos veces al dia, y cada dia comulgaba para añadir nuevas fuerzas á su fervor con el pan de la divina Eucaristía. Conforme se iba acercando á su dichoso fin, iba creciendo su íntima union con Dios, y su tierna devocion á la santísima Virgen. Vino á visitarle uno de sus hermanos, que an-

dando el tiempo fué obispo de Cambray; hablóle el Santo con tanta energía y con tanta mocion de la vanidad del mundo, y de las ventajas de la vida santa y perfecta, que imprimiéndosele indeleblemente en el alma estos saludables consejos, fué despues uno de los prelados mas ejemplares. Recomendóle muy particularmente á su querida hermana Juana de Luxemburgo, aquella misma á quien habia persuadido hiciese voto de castidad, que toda la vida fué un perfecto modelo de virgenes cristianas, á la cual envió tambien un tratado *de la perfeccion*, que determinadamente habia compuesto para ella. Conociendo que se le iban acabando las fuerzas, recibió los últimos sacramentos con indecible fervor; llamó despues á todos sus criados, que se deshacian en lágrimas; pidióles perdon del mal ejemplo que los habia dado, tratándolos acaso con menos caridad de la que debiera; obligólos á darle palabra de hacer lo que les pidiese; todos respondieron que obedecerian, pero quedaron asombrados cuando les mandó que tomasen en la mano unas disciplinas que tenia debajo de la cabecera, y que uno despues de otro le fuesen azotando en las espaldas, *en castigo* (añadió) *de haberos tratado como criados, siendo así que erais mis hermanos*. Por mas súplicas, instancias y ruegos que le hicieron, por mas lágrimas que derramaron para que les dispensase en aquella accion, les fué preciso darle gusto. Concluido un acto de tanta humillacion, quiso que le dejasen á solas con su Dios; y en fin, consumido mas con el fuego del divino amor que con el de la calentura lenta, rindió su inocente alma al Criador el año de 1377, á los diez y ocho de su edad.

Cuando Clemente VII supo su muerte, no pudo contener las lágrimas. *Esta dichosa alma* (esclamó) *apacará la cólera del cielo, y nos alcanzará la paz de la Iglesia*. Pasó en persona á Villanueva á besar su santo cuerpo, y fué testigo del celestial olor que exhalaba, llenando de fragancia todo el cuarto. De Villanueva fué conducido á Aviñon sin pompa ni aparato, como él mismo lo habia mandado, y se le dió sepultura en el cementerio de S. Miguel, donde despues se fundó la iglesia y convento de padres Celestinos, que poseen hasta hoy el inestimable tesoro de sus reliquias.

Fueron tantos y tan estupendos los milagros que obró Dios por su intercesion antes de enterrarle, y despues en su sepultura, que hay pocos bienaventurados, cuya santidad hubiese querido declarar el cielo con modo mas auténtico. En virtud de esto, apenas murió cuando se erigió una magnífica capilla en el lugar de su sepulcro; apresurándose tanto el zelo y la devocion, que se dice entregaron sus joyas las damas de Aviñon para que cuan-

to antes se concluyese la obra, y fué tan grande la veneracion de todo el pueblo al santo cuerpo, que el cuartel de la ciudad donde descansan sus preciosas reliquias se llama hasta el dia de hoy el *Cuartel santo*. Constan hasta dos mil cuatrocientos milagros en los registros que conserva el archivo de los padres Celestinos, pero el mas célebre de todos fué el que sucedió el año de 1432.

Un muchacho de diez á doce años subió á la torre mas alta del palacio de Aviñon para coger un nido de pájaros; alargó tanto el cuerpo para alcanzar al nido, que perdiendo el plomo, cayó precipitado desde lo mas elevado de la torre, y dió sobre la punta de un peñasco, donde se hizo pedazos tan horrorosamente, que se esparcieron los sesos por todas partes, y todo el cuerpo quedó dividido en trozos. Concurrió toda la ciudad á tan lastimoso espectáculo, cuya vista llenó de horror á todos y á cada uno. Noticioso el triste padre del niño de tan desgraciado suceso, hincase luego de rodillas, y deshecho en lágrimas levanta los ojos y las manos al cielo, diciendo: *Monseñor S. Pedro de Luxemburgo, amparadme*. Levántase lleno de fe y de confianza, corre al lugar donde estaba el cuerpo de su hijo, recoge los pedazos esparcidos por el suelo, y la sangre derramada con la misma tierra que estaba embebida en ella, mételo todo en un saco, y él mismo lleva el saco con aquellos tristes despojos, y le coloca sobre el sepulcro del Santo, en cuya proteccion, despues de Dios, tenia toda su confianza; ruega á la muchedumbre que le seguia, que junte sus oraciones á las suyas, y acuden los padres Celestinos á cantar la oracion del bienaventurado Pedro. Unidas así las oraciones de todos, con un prodigio jamás oido hasta entonces, ven todos los circunstantes que el muchacho comienza á moverse dentro del saco, y oyen una voz del niño como si estuviera en lo alto de la torre, que decia á un compañero suyo: *Estéban, coge el nido, que ya cayó abajo*. Faltó poco para que ahogase al niño resucitado la priesa que todos se daban por verle, y fué preciso ponerle de pié encima del altar para satisfacer la curiosidad del concurso. Una maravilla tan extraordinaria sucedida á vista de toda la ciudad, aumentó la devocion del pueblo con nuestro Beato; y como sucedió el dia 5 de julio, se fijó en este dia su fiesta, que todos los años se celebra en Aviñon con pompa y con solemnidad: especialmente despues que el verdadero papa Clemente VII, precediendo las juridicas informaciones de su vida y milagros, publicó la bula de su beatificacion en 4 de abril de 1527, y la ciudad de Aviñon le escogió por uno de sus patronos, de quien cada dia recibe nuevas gracias.

SANTA ZOA Ó ZOE, MÁRTIR.

EN el tiempo de los cruelísimos tiranos y enemigos grandes del nombre de Cristo Diocleciano y Maximiano, emperadores, vivía en Roma el invictísimo mártir S. Sebastian con la honra y título de príncipe de la caballería romana, que es como ahora condestable; honor bien merecido por su nobleza y prendas naturales y adquiridas. Visitaba este glorioso mártir las cárceles donde estaban presos los cristianos, y á todos los exhortaba y animaba á padecer. Sucedió un día que acabada una plática bajo sobre él una luz hermosa del cielo, la cual todos vieron, y que á su lado estaba un ángel en forma de un hermoso mancebo, que daba testimonio de la verdad que Sebastian predicaba. Era esto en casa de Nicóstrato, que era primicerio ó príncipe de las causas y escrituras reales, dignidad tercera en Roma; porque primero era el general, luego el tribuno y despues el primicerio. Estaba ya Roma tan abundante de cristianos presos por la fe de Cristo, que hasta la casa de este príncipe era también cárcel. Zoe, su mujer, hacia seis años que estaba muda, sin poder explicar los conceptos de su entendimiento y movimientos de su corazón, si bien oía y entendía muy bien cuanto le hablaban. Discurriendo, pues, esta señora en lo que oía predicar al caballero de Cristo Sebastian, ya que no pudo hablar, dió á entender por señas que quería pasar adonde él estaba, y en llegando le tocó los pies y por señas le pidió la salud. S. Sebastian hizo por ella oración, y al instante habló invocando el santo nombre de Cristo, y dijo que habia visto un ángel que estaba al lado de S. Sebastian y tenia un libro abierto y en él escrito cuanto el Santo predicaba. Lo cual visto y oído por su esposo Nicóstrato, quitó las prisiones á los cristianos todos y él se volvió cristiano; y siendo bautizado con su mujer y otros muchos por S. Policarpo, despues de varios sucesos y tormentos, recibió la palma del martirio al día siguiente á 6 de julio.

La primera con quien encontró la persecucion de los tiranos fué con la gloriosísima Zoe; la cual, estando orando sobre el sepulcro del príncipe de los apóstoles S. Pedro, fué presa por los ministros de la justicia, y primeramente fué llevada al magistrado de la vecindad: él la mandó que sacrificase á la estatua de Marte que estaba allí. Sta. Zoe con grande empacho y vergüenza, le dijo: *Mas le agradaría Venus á este tu dios, que no yo;* y en diciendo esto calló y puso con grande honestidad los ojos en tierra. Enojado por esto grandemente el juez, le mandó poner

en una cárcel fuerte y oscura, donde no le diesen de comer ni beber, ni viese luz alguna. Habiendo pasado seis días en esta afliccion, al séptimo día la envió al presidente Flaviano; el cual como despues de muchas preguntas viese que no la podía persuadir á la falsa adoracion de los ídolos, mandó que la colgasen cabeza abajo de un árbol y que por abajo le diesen mucho humo, y así acabase la vida; lo cual se ejecutó, y así entregó su bendita alma en manos de aquel Señor que la crió para su santa gloria. Despues los crueles verdugos tomaron su santo cuerpo, y atándole una grande piedra al cuello lo arrojaron al rio Tiber, pensando que así no sería venerado de los cristianos; y se engañaron, pues antes fué causa de mayor culto y veneracion. Fué su martirio á 5 de julio (día en que la Iglesia celebra su fiesta) por los años del Señor de 284.

La misa es en honra del beato Miguel de los Santos, y la oracion es la que sigue:

O misericordioso Dios, que te dignaste adornar al bienaventurado Miguel, tu confesor, con inocencia de costumbres y una caridad admirable; concédenos por su intercesion, que libres de los vicios, y encendidos en tu amor, merezcamos llegar á gozarte. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 31 del Eclesiástico.

Dichoso el hombre que fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los Santos publicará sus li- que fué probado en el oro, y mosnas.

REFLEXIONES.

Las primeras palabras de la Epístola de este día, juntamente con los admirables ejemplos y asombrosa inocencia de vida que nos ofrece hoy el beato Miguel de los Santos, dan motivo á unas reflexiones que necesariamente han de hacer estremecerse las entrañas del cristiano. Bienaventurado, dice el Espíritu Santo, el varon que no tuvo mancha en toda la conducta de su vida.

Esta espresion es preciso que admire á aquellas almas débiles que en todas partes encuentran tropiezos, y para quienes la mas minima ocasion es irresistible, y decide absolutamente contra su inocencia. ¡Es posible, dicen estos, que entre las turbaciones del mundo, y entre los inmensos peligros de que nos vemos cercados se pueda conservar un hombre sin admitir mancha ni pecado en todo el discurso de su vida! Tantos objetos como ofrece el mundo, propios para seducir la inocencia, y llevar tras sí los sentidos; tantos artificios como emplea el comun enemigo para sugerir en nuestra alma unas ideas trocadas, que nos hagan creer que lo malo es bueno, y nos estimulen para seguirlo; tanta debilidad y miseria, en fin, como advertimos en nuestra naturaleza; tanta rebeldía en nuestras pasiones, tanta viveza en los estímulos de la carne ¿es creíble que no han de lograr alguna vez el triunfo sobre la inocencia de nuestras almas? ¿Como es posible que se hallen ejemplares de aquel varon justo que delinea el Espíritu Santo, cuando dice: Bienaventurado el varon que fué encontrado sin mancha?

Si hubiéramos de estar, en materias de espíritu, á los dictámenes de la prudencia humana, hallaríamos que el razonamiento precedente era justo y demostrativo. Pero es preciso acordarnos de que la sabiduría del mundo y su prudencia son ignorantes delante de Dios. Es preciso acordarse de que el Señor tiene dicho que es estrecha la senda que guía á la vida, y son pocos los que la encuentran. Se debe, finalmente; reflexionar que todas aquellas cosas que tienen apariencias de imposibles, atendidas las fuerzas de la naturaleza, son hacederas y fáciles para el poder omnipotente de la gracia. El beato Miguel de los Santos ofrece un ejemplar en donde se acreditan todas estas verdades. En todo el discurso de su preciosa vida conservó intacta aquella hermosa inocencia que recibió en el bautismo. Formado de carne mortal como todos los demás hombres, estaba espuesto á sufrir las mismas contradicciones del mundo, del demonio y de la carne que todos sufren. Pero temeroso siempre de desagradar á su Dios, deseoso de labrarse, por medio de la abnegacion de sí mismo, una corona inmarcescible que dura para siempre, y vigilante para frustrar las asechanzas de los enemigos, halló el modo de conservar la preciosa joya de la inocencia, sin que en la peregrinacion de un valle de lágrimas hubiesen jamás podido robársela los ladrones que le infestan. Pero se debe reflexionar que todo esto lo consiguió estando siempre en vela, siempre en oracion, siempre mortificado con el ramal y el ayuno, viviendo crucificado y despedazado con cilicios en una suma pobreza, y hecho

victima, en fin, del amor de Dios y del prójimo. He aquí la senda por donde se camina á la vida; he aquí el medio único para conservarse toda su vida sin mancha; y he aquí, finalmente, la escalera por donde se sube á recibir la palma y la corona de bienaventurado que promete el Espíritu Santo al inocente.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familias supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiera minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

De la santidad.

PUNTO PRIMERO.—Considera que solo tenemos una fortuna que hacer; esta es la de hacernos Santos. La santidad es el único objeto digno de un corazon cristiano; imagina otro bien mas real; busca otra gloria mas sólida; discurre otra fortuna mas llena, ni en que intereses mas. Sin embargo este es el único bien de que no hacemos caso, por correr tras de fantasmas y quimeras.

¿De qué le servirá á un hombre un instante despues de la muerte, y aun una hora antes de morir? ¿de qué le servirá haber sido rico y poderoso, haber gozado todas las honras y todos los gustos, si pierde su alma? ¿Y si es Santo, se le tendrá entonces lástima porque fué pobre, porque vivió humillado, abatido y despreciado de todo el mundo? ¡Y será posible que esta santidad no despierte jamás nuestros deseos, ni nuestra resolucion!

Ser Santos es ser siervos de Dios; ¿donde hay título mas honroso? ¿donde se encontrará mejor ni mas digno amor? Pero aun

hay mas: ser Santos, es ser amigos de Dios, hijos de Dios; es ser dichosos, y eternamente dichosos con la bienaventuranza del mismo Dios. No son ya todos los bienes juntos los que únicamente posee el que es Santo; posee la fuente y el manantial de los mismos bienes. No es ya, hablando en rigor, la alegría del Señor la que entra en el corazón de los Santos; sería este un espacio demasíadamente estrecho, escesivamente ceñido; el alma de los Santos es la que entra, y la que deliciosamente se pierde, por decirlo así, en el abismo de la alegría del Señor; esto es, en las delicias y en la bienaventuranza de Dios.

Imagina todo cuanto puede contribuir en el mundo á que un hombre sea perfectamente feliz: junta todos los tesoros del universo, toda la magnificencia de los grandes, todos los honores, gustos y diversiones del siglo; reduce á una sola todas las coronas de la tierra para formar un solo monarca del orbe. Destierra también de esta idea de felicidad todo cuanto puede ocasionar molestia, por mas que sea inseparable de las miserias de esta vida; pero nunca podrás apartar de tí la certidumbre de que algun día has de morir, y este solo pensamiento deslie una amarguísima hiel en todas las alegrías de este mundo. Pero la santidad lleva consigo una felicidad pura, eterna, sin temor de perderla jamás. Esta será mi suerte si me salvo; esta será mi herencia; ¡y será posible que se dirija á otro objeto mi ambición! ¡será posible que sea de mi gusto cualquiera otro placer! ¡puedo ser amigo de Dios por toda la eternidad, y todavía pienso en otra fortuna!

¿Pero en cual? En un empleo, en una ocupacion que me levanta algunos graditos mas para hacer mas sensible mi caída; en una distincion que me ha de granjear cien envidiosos; en amontonar bienes á costa de grandes sudores para un heredero ingrato, impío y disoluto; ¡y no pienso en ser Santo!

¡O Señor, y qué vergüenza! Mas ¡oh, y qué dolor el haber pensado hasta aquí en todo lo demás menos en esto! ¡y será posible que la única cosa de que nunca me he acordado, y que quizá he menospreciado también, ha sido vuestra amistad, dulce Jesús, salvacion y gloria mia!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que solo estás en la tierra para gozar la misma suerte que los bienaventurados del cielo. Grande es su recompensa; pero no es menor la que nos ofrece Dios: ellos son Santos; también nosotros estamos en este mundo para serlo. ¡Y podemos, Dios mio, pensar en otra cosa que en ser lo que debemos! ¿Es ser prudente, es siquiera tener seso el despreciar semejante fortuna?

¿Es acaso el trabajo de ser Santos lo que nos retrae de serlo? ¿Pues qué! ¿nos cuesta el cielo mas de lo que vale, y mas de lo que merece la posesion del mismo Dios? Las dificultades aterran; el trabajo desalienta. Temores vanos, terror pánico, dificultades imaginarias, que se desvanecen solo con dar principio á la carrera. Pero pregunto: ¿y no cuesta trabajo el hacerse rico, el conseguir el empleo, el subir dos escalones mas? ¿no cuesta trabajo el fabricarse una fortuna quimérica? ¿cuanto hay que padecer? ¿cuantos disgustos, cuantos desaires se han de devorar? ¿qué de bocados duros se han de digerir? ¿qué fortuna hubo jamás tan brillante, que mereciese los desvelos, las fatigas, los afanes, las humillaciones, y los sonrojos que costó el llegar á ella? No hay en el mundo camino que no esté sembrado de espinas, cubierto de abrojos, lleno de barrancos; y á nadie acobarda todo este monton de dificultades.

Cuesta trabajo el ser Santo, es verdad; se han de mortificar las pasiones, se han de sufrir muchos combates, y es preciso vencer; pero también se ha de confesar que derrama Dios en el corazón de sus amigos ciertos secretos consuelos que suavizan mucho su yugo. Hállanse cruces en el camino de la santidad, pero son muy dulces sus frutos. ¡Qué abundancia de dulzuras celestiales no se experimentan entre los rigores de la mas severa penitencia! Pero supongamos que solo se hallase mucha amargura en el cáliz, y que solo se tropezasen espinas en el camino; ¿habría que deliberar cuando se trata de una eterna felicidad, ó de una eterna dicha?

¿Juzgaron por ventura los Santos que se compraba la santidad á precio muy escesivo? ¿costó demasiado al beato Miguel? Sacrificó lo mas grande, lo mas brillante, lo mas halagüeño, lo mas tentador que se encuentra en este mundo. No hay cosa que tanto lisonjee como el trono; no la hay mas preciosa que la majestad; ninguna hay mas considerable que una corona. ¿Y se arrepintió el Beato á la hora de la muerte de haber preferido su amada soledad al cetro mas sublime? ¿Pero y debió de arrepentirse? ¿En qué hubiera parado si hubiera muerto en el trono? ¡Ah! en lo que tantos otros monarcas, de quienes no ha quedado ni aun memoria de su nombre. Fué Santo; y por haberlo sido no solo es la veneracion, sino la envidia de los pueblos. ¡O mi Dios, y qué erradamente juzgamos! Pero siendo tan desacertados nuestros juicios, todavía lo son mas nuestras obras.

¡O dichosa suerte la de los Santos! Haced, Señor, que el ardiente deseo que tengo de lograrla, sea eficaz por vuestra divina gracia. Vos queréis que yo sea Santo; también yo lo quiero ser, y estoy resuelto á vivir como los Santos vivieron.